



Paz

En esta pandemia se evoca con frecuencia la metáfora bélica. Estamos en guerra con un enemigo invisible. Lo podemos vencer si luchamos unidos. Frente a esta guerra resuena impresionante la palabra del Resucitado: “¡Paz a vosotros!” No es solo un deseo de paz, sino la proclamación de que ha estallado la paz, de que la paz reina ya desde la presencia de Jesús.

Una de las reflexiones más hondas sobre la paz la hizo san Agustín en el libro XIX de *La Ciudad de Dios*. Para san Agustín, la paz tiene que ver con el orden, es decir, con las relaciones entre los seres. La paz es la “tranquilidad en el orden”. Hay paz cuando cada ser tiene su puesto en referencia a los otros, donde ha encontrado ese lugar preciso donde recibe y dona en plenitud y, así, se plenifica y plenifica a los otros. Ese orden brota de Dios, fuente de toda paz. Pues, como leeremos en Dante: “tu voluntad es nuestra paz” (*Paraíso* III 85).

El tiempo de pandemia trae mucha guerra, porque trae mucho desorden. La primera guerra sucede entre el hombre y su cuerpo, un cuerpo que ha perdido armonía y, por tanto, paz. Aunque no tengamos la enfermedad, el miedo a tenerla ya daña la paz del cuerpo. Surgen entonces otras guerras en nosotros, como los deseos enfrentados, o la división entre el pensar y el obrar.

Además, está la falta de relación con los demás, causada por el confinamiento. Podríamos pensar que, al no relacionarnos, hay paz, o al menos una tregua en nuestra guerra. Pero no es así, porque la paz no es ausencia de relaciones, sino orden en las relaciones. Ausencia de relaciones es la paz de la muerte, que no es realmente paz. Al estar separados sufrimos guerra, pues miramos a los demás como extraños, y nos acostumbramos a temerlos, por contagiosos.

Se ven también otros desórdenes provocados por la pandemia. Será el desorden económico, o el agua revuelta de la política, ganancia de pescadores enemigos del bien común. Para san Agustín, también el tirano traía una cierta paz, un cierto orden, porque no hay nada que pueda subsistir sin algún orden. Es decir, no existe la guerra absoluta, sino que toda guerra se sostiene sobre algo de paz. Solo que el orden del tirano es injusto, su paz esconde una guerra y una violencia, porque no respeta el orden común entre los hombres, que son libres porque reconocen la procedencia común de un Dios Creador y Padre. Como dice san Agustín del tirano: “Detesta que bajo su dominio se establezca una igualdad común, y, en cambio, trata de imponer su propia dominación a sus iguales en el puesto de Dios”

El coronavirus puede contribuir a la paz si reconocemos que en él se manifiestan muchos desórdenes que ya vivíamos. Por ejemplo, el desorden de quien considera como un absoluto su salud y su bienestar, y no tiene perspectivas de vida eterna. O el desorden de una sociedad que quiere crear su propio orden arbitrario, sin reconocer un proyecto anterior del Creador, que protege la dignidad única de cada persona.

“¡Paz a vosotros!” Jesús, decíamos, no solo desea la paz, sino que crea la paz. Su saludo puede entenderse así: “¡hágase la paz!” Y la paz se hizo. El Resucitado disfruta del orden perfecto de su cuerpo, que está puesto al servicio de la comunicación y del amor. El Resucitado manifiesta y comunica el manantial de vida que hay en el Padre, fuente de toda relación y de todo orden. El Resucitado instauro entre los creyentes la paz profunda, que subsiste en medio de las guerras del mundo.

También en tiempo de coronavirus subsiste esta paz. Subsiste como don que mana en los sacramentos, donde se nos comunica Jesús (un sinónimo de Eucaristía es “paz”). Y subsiste como promesa y tarea, pues este es un orden fecundo, que transmite la paz a su alrededor. Es decir, según escribe san Bernardo, no es solo pacífico, sino pacificador o fuente de paz. También nosotros podemos decir, como Jesús: “¡Paz a vosotros!”